

Editorial

Si hablamos de “Recuperar la ciudad” es porque la hemos perdido. ¿Es ello cierto? ¿En qué momento perdimos la ciudad? ¿De qué manera?

Esos interrogantes conducen a una cadena de cuestionamientos previos; por ejemplo: ¿es que en algún momento la ciudad fue nuestra? Tal vez esta pregunta sea la que nos conduzca a la piedra angular de estas inquietudes, pues la pregunta nos conduce a hablar de lo que subyace en el fondo de estos planteamientos: el sentido de pertenencia. Queremos recuperar la ciudad, primero, porque no la *sentimos* como propia; y, segundo, porque sentimos también que la ciudad se ha salido (y cada vez se sale más) de nuestras manos. Y es que, con algunas excepciones relativas, las ciudades, como aglomeraciones humanas, han crecido compleja e imprevisamente, y sus administradores han tenido que improvisar políticas de manejo y desarrollo. La sensación que dejan las megalópolis urbanas es la de un crecimiento con dinámica propia, difícil incluso de rastrear, no digamos de manejar. Son ciudades que, para el ciudadano corriente, cada día se “pierden” más, incluso de de vista

Pero lo que antes fue simple queja, ahora ha dado lugar a esfuerzos de interpretación, análisis, crítica y propuestas. En ese contexto se inscriben los presentes trabajos, cuyo conjunto juzgamos equilibrado: por una parte está presente el estudio prospectivo de una ciudad-región cuyo futuro está vinculado a la recuperación del río Magdalena y su inmenso potencial de desarrollo como es Girardot, donde la Universidad Piloto hace una presencia determinante (la seccional del Alto Magdalena); por otra, y contrastando con esta ciudad (pequeña, “familiar” y cercana), incluimos un aporte externo centrado en el área metropolitana de Buenos Aires, una de las grandes ciudades paradigmáticas de América Latina.

El estudio de la investigadora María Mercedes Di Virgilio, a su vez, se basa en contrastes entre factores socio-económicos y hábitats urbanos, cuyas relaciones causales pueden ser más complejas de lo supuesto. El estudio de María Mercedes, además de su interés intrínseco, nos aporta una propuesta metodológica para ser tenida en cuenta en nuestros estudios de urbanismo.

Frecuentemente, al abordar el estudio de una ciudad, existe la tendencia a considerarla como una entidad aparte del entorno natural; el estudio de Tomás Bolaños Silva y Diego Mauricio Díaz Manzano, docentes investigadores del programa de Educación Ambiental, de la Universidad Piloto de Colombia, nos recuerda la gran riqueza natural que ha rodeado la sabana de Bogotá, y que requiere tratamiento prioritario en el momento de trazar políticas de recuperación de la ciudad. En contraste, el artículo de Dulce María se centra en el estudio de un hecho concreto: la renovación de los puestos de venta callejeros, analizados a la luz de la crítica semiótica. Finalmente, presentamos en este número el artículo de Walter López (colaborador ya habitual de estas páginas, al igual que Dulce María), que cuestiona y problematiza las políticas locales relacionadas con los intentos de recuperar una ciudad que exige tal vez soluciones más concertadas e integrales.